

El Corpus entre las Hermanas de la Caridad.

EN este gran día del Corpus, una voz que parte del cielo, anima todas las comunidades. Las doncellas, las mugeres que han renunciado al mundo para consagrarse al Señor, á los pobres y á los niños, adoptando todas las privaciones, sometándose á una vida austera, á una regla rigida, se han reservado un *santo placer*, aquel de adornar su iglesia y de ataviar su altar.

Las costumbres del claustro, no desapruaban el buen gusto; las hijas de Eva lo saben llenar bien; su elegancia nativa les queda siempre. Estas no quieren acordarse de su belleza, de sus gracias, pero quieren que los tabernáculos del Dios vivo, esten brillantes de oro y que las imágenes de la Reina de las vírgenes, estén adornadas de encajes y de flores.

Los altares para las estaciones, que las hermanas de la caridad habian levantado este año en sus carreras, en su claustro y en su inmenso encierro, verdadero y vasto campo de la Jerusalem celeste en medio de Babilonia, atestan y prueban esto que he dicho aquí.

Nada mas gracioso, nada mas fresco, mas virginal y de mejor gusto, que estos altares erijidos á la estremidad de largas alamedas de tilos, que la segur ha respetado por mas de cincuenta años, y que recuerdan por la altura de sus copas y el enlace de sus ramas, las naves góticas de nuestras catedrales mas famosas.

Bajo esta espesa y lujosa verdura, la luz de mil cirios centellea en la *sombra* de las alamedas; las flores recojidas á montones esmaltan los altares, mezclando sus suaves olores al incienso, y elevándose con los himnos sagrados y las oraciones de la muchedumbre hasta el Dios del universo.

Lo que es preciso decir aquí, en seguida, para consolar á aquellos que sufren y que se inquietan por el porvenir, es que la colonia santa de las hermanas de la caridad jamas ha sido tan numerosa. Dios mide, segun el número de nuestras aficciones el número de consoladores que nos concede: hace para con nosotros como con el corderito á quien espesa la lana cuando el invierno debe ser muy crudo.

Las dos filas de la procesion de hermanas de la caridad, eran largas y compactas. Las *novicias* con sus capuchas negras, las *hermanas* con sus cofias blancas y salientes, no debian ser menos de seis á setecien

tas (1). El pendon blanco de la Virgen Inmaculada abria la marcha, teniendo á derecha é izquierda dos acólitos adolescentes que llevaban sus luces y seguido de todas las heroínas de la caridad cristiana, orando, cantando y teniendo en la mano un cirio encendido.

Despues de las vírgenes del Señor, tras los ángeles de la tierra, venia el clero con capas y dalmáticas. Las voces graves de los sacerdotes, alternando con las de las hermanas en las galerias del convento, bajo los arcos del claustro y las largas y altas bóvedas de las alamedas, causaban un pasmoso efecto en este encierro bendito. Ningun ruido, ningun murmullo de la muchedumbre para distraer la piedad y el recojimiento, si no era, sin embargo, el gorgojo de los pajarillos en la enramada; ellos tambien cantaban: toda criatura elevaba un himno al Señor.

La procesion, con un orden admirable, habia recorrido la mitad de su curso trazado por una alfombra de flores deshojadas; habia llegado al mas bello de los altares de descanso, al que se elevaba en el centro del inmenso jardin; la radiante Eucaristia iba á bendecir á la multitud arrojada; el sacerdote, desde lo alto de las gradas habia ya dicho levantando la voz: *Nuestro socorro está en el nombre del Señor.*

Y todos habiamos respondido.

“Del Señor que ha hecho el cielo y la tierra.”

Inclinamos nuestras frentes para ser bendecidos. . . . cuando repentinamente estallaron los acordes de una música marcial; hasta este momento, nada parecido habia resonado en el asilo de paz y de oracion. Era de un claustro vecino, de las *Misiones Etranjeras*, de donde nos llegaban estos sonidos guerreros; la guardia nacional, de quien una parte cree todavia en Dios, habia querido prestar el brillo de sus armas y la armonía de su música al clero de las misiones. . . . Y verdaderamente ¿Los misioneros no son tambien soldados, tan valientes, tan intrépidos como aquellos que llevan el sable y el fusil y no merecen tambien, que los hombres inteligentes en valentía los estimen y los honren?

Los sacerdotes ofrecidos á llevar la palabra evangélica bien lejos, mas allá de los mares, á los pueblos salvajes y crueles, así como las mugeres consagradas á repartir las limosnas de la caridad y las divinas esperanzas en las almas desgraciadas y frecuentemente marchitas, adoran al mismo Dios.

Al Dios que ha dicho: *Id, y enseñad.*

Al Dios que ha dicho: *Id, y haced el bien, dadlo y consolad.*

(1) En 1848 han debido ser mas numerosas en la procesion; porque en 1849 ciento de entre ellas que salieron de esta casa para curar las enfermedades, murieron del cólera.

El misionero y la hermana de la caridad, son hermanos y hermanas; los unos tienen por patrono, á San Francisco Javier, las otras á San Vicente de Paul. La hermana de la caridad no cura solamente las llagas del cuerpo, sino que vierte tambien el bálsamo de la palabra santa sobre las heridas del alma. Cuando el apóstol esté lejos de su país natal, cuando haya plantado el estandarte de la Cruz en alguna isla desconocida y poblada de hordas salvajes, no solamente irá á proclamar á Jesucristo, á hacerle adorar por los bárbaros á quienes su palabra habrá iluminado, sino que tendrá necesidad de condolerse de los males físicos y de hacerse médico del cuerpo, como lo es del alma.

Al enfermo á quien cura la hermana de la caridad habla de Dios; al idólatra que convierte el misionero, presta cuidados paternales.

Es una feliz casualidad la que ha aproximado tanto estas dos cosas de Dios y sus cánticos y sus himnos han debido elevarse juntos hácia el cielo como un solo y majestuoso acorde. Así, cuando he oido sus voces mezclarse y confundirse en el momento de la bendicion á este instante dulce y solemne en que mi alma rebozaba en emociones indecibles, no oré mas por mí, pobre pecador, pero desde el fondo de mi corazón impetraba del Señor dejase caer su rocío mas fecundante sobre los sacerdotes de las misiones y sobre las hermanas de la caridad. Los unos y las otras no apetecen mas que, ante todo, la mayor gloria de Dios y la mas grande dicha para los hombres.

¿ En qué fuentes han tomado y van á tomar todavía estos valerosos apóstoles, estas santas hijas ese ardor tan caritativo? ¿ Dónde pueden los unos y las otras hallar la fuerza que les es precisa, la fuerza que ellos consumen diariamente? ; Ah! No lo dudemos: es en nuestros tabernáculos, es en la Santa Eucaristía de donde la gracia destila sobre los elegidos de Dios.



LA PENITENCIA.

“ EN la tarde del mismo día (1), que era el primero de la semana, las puertas del lugar donde los discípulos estaban juntos, por miedo de los judíos, estaban cerradas, y Jesus vino y se colocó en medio de ellos, y les dijo: *La paz sea con vosotros.*”

“ Y habiendo dicho esto, les muestra sus manos y su costado. Los discípulos tuvieron, pues, una gran alegría por ver á su Señor.”

“ Y él les dijo segunda vez: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me ha enviado, así tambien os envío del mismo modo.”

“ Habiendo dicho estas palabras, sopló sobre ellos, y dijo: Recibid el Espíritu Santo.”

“ Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes los perdonaseis, y serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retuvieseis.”

¿ Hubo jamás palabras mas precisas, mas positivas que aquellas?

Así, el concilio de Trento, dice á este objeto: “ Por esta accion tan señalada, y por estas palabras tan claras, todos los padres, de comun acuerdo, han entendido siempre que la potestad de remitir y de retener los pecados, habia sido comunicada á los apóstoles, y á sus legítimos sucesores, para reconciliar los fieles caidos en pecado despues del bautismo. (2) ”

(1) Evang. de San Juan, cap. XX, v. 19.

(2) Ses. XIV, cap. I. De Poenit.